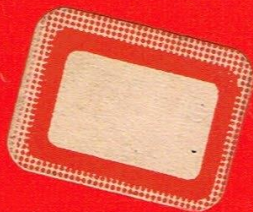


Rafael Mojica García

**Juanita
Campanas**



C863
M687g

EJ.1 (8838)





P
C863
M6873

Rafael Mojica García

JUANITA
CAMPANAS

Doce di. \$50.2
#R 8838

Primera edición: septiembre de 1986

ISBN 958-601-093-7

Derechos reservados ©

CORPORACION UNIVERSITARIA DEL META
Año 2. Volumen 3
Septiembre de 1986
Carrera 32 No. 34A-31
Villavicencio - Meta
Colombia

1165-86/39

C863
M687 f

Contenido

	Página
Al margen	9
¡Pobre Dante!	13
El Santón	21
Un día en la vida de Alberto Cimarrón . . .	31
Monólogo de mi general	43
Juanita Campanas	53
Aeternum-Vale	61

Al margen

A Rafael Mojica García, que en este libro estrena editorialmente su condición de escritor, le ha dado por nombrarme, digamos, padrino de sus cuentos. Tal vez más que todo por una razón de amistad cultivada a través de los años, y por una concomitancia en los recuerdos de juventud, que nos sitúan en Santa Rosa de Viterbo, un pueblo tranquilo y hermoso de Boyacá; en donde, con él y con otros amigos, vivimos una época un poco mágica, la del descubrimiento de las cosas, de la primera serenata, del primer aguardiente, del primer remedo del sexo con alguna campesina complaciente, de manzanas en las mejillas y en los senos.

Juanita Campanas es un libro que contradice una de las más arraigadas costumbres latinas: la de lo solemne. Desgraciadamente, somos solemnes por naturaleza. Para todo. Aún se usa la ropa negra para los entierros y las comidas y los matrimonios;

todavía un marido engañado le pega un tiro a su mujer y eventualmente otro al que le puso los cuernos; los discursos evocan las grandes páginas oratorias del pasado; la narrativa, en muchos casos, es acartonada y parece metida dentro del tormento chino de un frac. Por eso, Juanita Campanas (no sólo el cuento de este nombre, sino todo el libro), es refrescante, oxigenador. Por eso, estos cuentos de Rafael se leen con agrado, con una sonrisa que no es otra cosa que una mueca de burla hacia lo solemne.

Un día, caminando por la carrera séptima de Bogotá, congestionada como de costumbre, llena de raponeros y de políticos (vaya lo uno por lo otro), de prostitutas y de colegialas, de policías y de bandidos, le dije a Rafael que lo que me gustaba de su libro, era el desenfado con que estaba escrito. Y es verdad. Ya sea el general monologando, o Dante resurrecto, o el Santón, o en fin, cada uno de los cuentos, tiene esa frescura de lo que no es prefabricado; la frescura que siempre les faltará a los embutidos y a los congelados. Por fortuna, estos cuentos no son ni una cosa ni otra; son, sencillamente, relatos de lo que nos pasa, de nuestra cotidianidad. Burla burlando, ahí estamos nosotros, porque en el fondo de tanta solemnidad, por fortuna, nos queda espacio para burlarnos de nosotros mismos.

Es de esperar que éste, si bien es el pri-

mero, no sea el último de los libros de Rafael Mojica García. Hay garra, hay humor, hay asunto narrativo. Esperemos que este primer enfrentamiento editorial con un público cada vez más exigente, le dé el impulso necesario para repetir. Y que esto lo haga acordándose de nuestros tiempos iniciales de bohemios en Santa Rosa de Viterbo, donde después del primer aguardiente, siempre había que repetir.

FERNANDO SOTO APARICIO

todavía un marido engañado le pega un tiro a su mujer y eventualmente otro al que le puso los cuernos; los discursos evocan las grandes páginas oratorias del pasado; la narrativa, en muchos casos, es acartonada y parece metida dentro del tormento chino de un frac. Por eso, Juanita Campanas (no sólo el cuento de este nombre, sino todo el libro), es refrescante, oxigenador. Por eso, estos cuentos de Rafael se leen con agrado, con una sonrisa que no es otra cosa que una mueca de burla hacia lo solemne.

Un día, caminando por la carrera séptima de Bogotá, congestionada como de costumbre, llena de raponeros y de políticos (vaya lo uno por lo otro), de prostitutas y de colegialas, de policías y de bandidos, le dije a Rafael que lo que me gustaba de su libro, era el desenfado con que estaba escrito. Y es verdad. Ya sea el general monologando, o Dante resurrecto, o el Santón, o en fin, cada uno de los cuentos, tiene esa frescura de lo que no es prefabricado; la frescura que siempre les faltará a los embutidos y a los congelados. Por fortuna, estos cuentos no son ni una cosa ni otra; son, sencillamente, relatos de lo que nos pasa, de nuestra cotidianidad. Burla burlando, ahí estamos nosotros, porque en el fondo de tanta solemnidad, por fortuna, nos queda espacio para burlarnos de nosotros mismos.

Es de esperar que éste, si bien es el pri-

mero, no sea el último de los libros de Rafael Mojica García. Hay garra, hay humor, hay asunto narrativo. Esperemos que este primer enfrentamiento editorial con un público cada vez más exigente, le dé el impulso necesario para repetir. Y que esto lo haga acordándose de nuestros tiempos iniciales de bohemios en Santa Rosa de Viterbo, donde después del primer aguardiente, siempre había que repetir.

FERNANDO SOTO APARICIO

¡Pobre Dante!

*A Gabriel Fernández Delgado,
empeinado admirador de lo
inútil, futuro hacedor de lo
útil.*

Las concepciones metafísicas no solamente quedan para la escritura de Summas, mas no de insumos, sino que prestan un buen caudal para divagar o como recoge Don Ramón y Cajal: para patalear en las tinieblas.

La historia que voy a relatarles le aconteció a este pobre humano, después de una indigesta pesadilla consecuencia de la bochornosa Divina Comedia.

En vida milité en la iglesia católica y en el partido liberal. A pesar de no haber nacido en Rionegro, ni en Andes, ni en Sonsón, fui educado por los jesuitas. Mi vida transcurrió como la de cualquier abogado de provincia: sin ton ni son, cobrando sueldo del Estado, bebiendo cerveza, acostándome tarde y levantándome tarde al igual que moderno intelectual.

Leí a Homero, a Baudelaire y la vida del ex-clérigo Arenas. Jamás pensé en turbar mi buen sentido con lecturas diferentes. Con el primero presumía de historiador, con el segundo despreciaba la vida cuando bebía y con el tercero me daba ínfulas de anticlerical. Cosas importantes para fastidiar al alcalde, al juez y al cura de cualquier población.

A consecuencia de la maldita pesadilla, y la frecuente lectura en mención, me dio un arrebató místico que, obviamente, degeneró en locura y al correr de los días me ocasionó la muerte. Se me aplicaron los santos óleos con el beneplácito de mis amigos ateos. Al querer gritar "viva el partido liberal", me salió un "Dios me ampare" y sin más preámbulo, tranquila y dulcemente exhalé mi postrer suspiro.

El camino tierra-cielo es breve. Sembrado de sauces llorones, bordeándolo una fuente limpia y cristalina y gran olor a parafina. Media cuadra antes del portalón celeste hallé un vulgar letrado con propaganda de Mejoral que rezaba: "Liberales: sigan la flecha". Me maravilló ese trato preferencial. Recordé aquello de "los liberales no van al cielo porque mi Dios es conservador", claro que los hermanos liberales lo dicen al contrario: "Dios no va al cielo porque no hay sino godos". ¡Sectarismos carajos de provincia!

Pronto me desilusioné. Siguiendo la flecha topé un inmenso edificio, sin fin horizontal ni vertical, bastante ahumado con un enorme rótulo en luces titilantes de neón: "Quien aquí entra pierde toda esperanza".

DANTE

El solo llamar a la puerta hizo que me corriera un atroz escalofrío. Recordaba mis jesuísticas enseñanzas sobre un santo cristiano que soñó con golpear en el averno y vivió el resto de su vida con una espantosa llaga en el brazo (hay gente que golpea así). Comprenderá el lector mi amargura pero a lo hecho pecho, decía filosóficamente el doctor Villamizar tan buen abogado que era.

Mi sorpresa fue mayúscula no solamente por no haberse incinerado mi brazo, sino porque la hermosísima rubia que en vida se llamó Brigitte Bardot, me abrió la negra puerta totalmente desnuda. Ella... bueno, llevaba unos zapatos de tacón bachiller. Después de sucintas explicaciones que poco entendí, salí caminando a tropezones limpiándome la saliva que había caído en mi camisa además de sentir un extraordinario cosquilleo detrás de las orejas.

Fui transportado en un Rolls Royce que recibía órdenes orales. Vale que describa este vehículo: funciona por intrincados sis-

temas de microcircuitos, sin chofer (este gremio no es permitido aquí), con radiola y T.V. Una botella de jerez, una de champagne Chateau Latour, buena cosecha, y una de scotch, con todos los aditamentos que, es natural, no supe manejar. Saboreando el segundo jerez el autocircuito se detuvo, la puerta se abrió por uno de esos mañosos sistemas de la inolvidable Xanadú de Mandrake y... un hermoso chalet en cedros del Líbano, exacta reproducción del de Charles Chaplin a orillas del Lausana, con ciertas mejoras hechas por Le Corbusier. Festivo antejardín. En el vestíbulo un tapete persa de gran grosor con la figura de Alá y su profeta. Arañas vienesas, sala Luis XV, modernos dormitorios, cocina futurista: un tablero electrónico con 4.721 platos en que bastaba oprimir su respectivo botón y el manjar aparecía delicadamente servido en porcelanas de Sévres, copas fond'oro y mantel de brocado genovés. Gigantescas bodegas de licores, inclusive el néctar, y miles de combinaciones, como es de suponer.

Durante quince días permanecí encerrado en aquella mansión leyendo la "Guía Turística del Infierno" de Stendhal. Sin problemas de servicios pues aquí no funcionan alcaldes ni cabildos.

Instruido sobre la ciudad, ordené a mi Rolls un "tour". La circulación está dirigida por computadores, que en 900 años de

impuesto el sistema no han permitido un solo accidente.

Vi hermosos edificios contruidos con una simetría tal que ninguno proyectaba sombras sobre los demás. Majestuosos jardines con técnica japonesa. Alrededor de super-autopistas erectos árboles de fresco verdor. En el infierno el clima es cálido, pero se posee aire acondicionado a 18°C en toda la city.

Las bibliotecas son descomunales, hasta los libros inéditos se encuentran allí. En el Museo Antropológico charlé con el Hombre de Neardhental, es el director; en el de Historia, Bolívar me contó con mucho detalle su campaña del Bajo Magdalena, mientras tomábamos tinto. Más tarde cenamos con Bonaparte en el "Petit Roi", donde tuvimos que suspender la conversación, pues se puso pesadísimo hablando de Grouchy.

De la variedad de conferencias, espectáculos, etc., guardo grato recuerdo de mis primeros días.

Una función teatral: "Los Diez Mandamientos", interpretada personalmente por Moisés. Obviamente era reestreno.

Una conferencia: "Las inundaciones de la India como ascenso poético" de Zalamea Borda. Entre los escuchas se contaba a Noé.

Una mesa redonda, en que participaron Lyndon, Mao, Ho y Alexei, tema: "¿Es

guerrear un anticipo a la paz?". Moderador León Tolstoi.

En dos días adquirí una cultura casi igual a la que el profesor López de Mesa tuviera en vida (visité su vivero de sardinas). Como poco gusto de las matemáticas, perdí una disertación de Einstein en que aseguró que "el único cálculo seguro en la vida del hombre, es el cálculo biliar".

De la vida nocturna les diré que conocí discotecas de ambiente caldeadísimo como "La Infierno a Ye-ye", en total 970 y pico mil. "Mano a mano de Pérez Prado y la orquesta de Wolfgang Amadeus Mozart.

"La Tijuana Brass y show de Arsenio Lupín".

"Del minué al pata-pata. Bailarán la señora Montijo y Katty. Modas de Dior".

"Churchill bebe scotch, Johnson bourbon y Juan XXIII es abstemio". Se leía en una pared: "Sofía Loren estuvo aquí".

"Richard Burton en Hamlet, bajo la dirección del maestro William Shakespeare, en el café "El Papa".

Los licores no producen guayabo, y nadie se emborracha, salvo con anisado. Bailé con Pascalet Petit, besé a Claudia Cardinale (se moría de la envidia Castillo Gómez), le hice la corte a Liz Taylor (le decimos Lizita) y me petaquéé todo por una discusión de política con Maquiavelo.

Por lo demás, se obsequian libros como:

Cómo conocimos a Cleo, por Marco Antonio y Julio César; *Operación infierno*, por Lauchlin Currie; *Dante y yo*, por Beatrice Portinari; *Por qué no fui presidente en el 70*, por Rojas Pinilla, edición familiar; *Vidas designadas*, por Julio César Turbay; *El imperialismo celeste*, por Mao Tse-Tung; *La penicilina y James Bond*, por los sres Fleming; *Cómo escribir sin verdaderamente tratar*, Editorial Hernán y Iader Giraldo S.A.; *Diviértase con nosotras*, por la viuda Cleopatra, la pateada Popea y la insatisfecha Mesalina. Es "bet seller" desde hace varios siglos. Según un conocido crítico, no es pornográfico. La última edición trae un prólogo de Porfirio Rubirosa.

Uno de los mejores periódicos, el *Diario Oficial*, trae siempre fotografías de ágapes. Utiliza el mismo "manchette" en todas sus ediciones: "Aquí no hay Santos".

Sin embargo, debo contarles el día que me acometió el terror: se me señaló en audiencia. Pasé dos noches desvelado pensando en los tormentos. ¡Me citó Satanás!

Retirada de la urbe se halla su residencia. El mismísimo Palacio de Versalles con Trianon et tout, construido por Frank Lloyd and Co. La sala de audiencias es digna de *Las mil y una noches*: piso de parquet, columnas de mármol de Carrara, cortinas rojas de Damasco, y en especial el trono. No sé, pero aquí existe el prurito de copiar: fi-

dedigna reproducción del papal, salvo unas cuantas incrustaciones: 45.523 diamantes, 37.001 rubíes y 47.272 esmeraldas de Somondoco, para ser exactos.

Contrario a lo que esperaba, me recibió un elegante caballero de frac, fuerte olor a lavanda, no a azufre, sin chivera, bastón con mango de plata y el cubilete mundanamente echado de lado.

Cuando le hablé de lo que esperaba: beber plomo derretido, meterme en calderas de aceite hirviendo, hurgarme los ojos con varillas al rojo vivo y lo demás, soltó una estrepitosa carcajada y algo me dijo, que si bien la ciudad posee esas horribles murallas, es por guardar las apariencias, que inclusive el sistema es aceptado por Campanella, More y Marx, aunque Mao alega que es antirrevolucionario el permitir a Kruschchev revisar estatutos; que el único castigado era el Alighieri oyéndole sermones todo el endiablado día a Savonarola.

Se excusó porque debía asistir con el ex-Zar Alejandro a una conmemoración del otro Alejandro, en definitiva, que esta vaina es buenísima y que la desacreditan en la tierra solamente los curas, los antioqueños y el partido conservador. Sobra decir que estoy viviendo muy feliz.

Villavicencio, diciembre de 1968

El Santón

"Toda necesidad es un beneficio".

Goethe

Noventa y cinco kilos de peso, boca grande, nariz ancha, traje cruzado, manos regordetas, estómago protuberante; cabello grueso, graso, liso. Graduado en medicina.

Su padre nada fue, su progenitora sí hizo mucho: quince vástagos, productos del honor de ser madre, de la falta de otras distracciones y de no conocer las cifras demográficas. Fruto nació el decimotercero. En la escuela izaba la bandera todos los sábados por su aplicación y conducta. Jamás robó frutas, ni destruyó nidos, no usaba cauchera, ni ensuciaba la ropa, no se bañaba en el río, ni molestaba a la boba, ni faltaba a misa, ni dijo groserías, ni se orinaba en la calle. Bachiller del Colegio de la Sagrada Compañía con todos los honores. A grandes esfuerzos cursó estudios superiores. Hecho doctor regresó a nuestra querida ciudad, colocó la placa y empujó la puerta.

Luego de 30 consultas, 6 amigdalectomías, una circuncisión y 2 partos, se lanzó de candidato para el Concejo Municipal.

Elegido presidente, por unanimidad, presentó su primer proyecto: la creación del Hospital San Micaelo, para satisfacer la enorme demanda quirúrgica de nuestros 8.000 habitantes. Se apropiaron veinte mil pesos anuales de presupuesto. Con un modesto sueldo de tres mil mensuales aceptó el doctor Fruto Obeso, la dirección de tan importante centro. Nuestro pueblo ingresó al subdesarrollo, como tan atinadamente observó el señor Tesorero Municipal, cuando presentó el balance consolidado:

PRESUPUESTO DE "SAN MICAEL"O

INGRESOS		EGRESOS	
	\$20.000.00		\$36.000.00
(Apropiación que el Honorable Concejal Doctor Fruto Obeso aprobó).		(Gastos de Administración, sueldos del Dr. Fruto Obeso, también con su aprobación)	
DEFICIT	16.000.00		
Partidas iguales	\$36.000.00		\$36.000.00

En su segundo período como concejal, el pueblo entero se emocionó al saber que nuestro discípulo de Hipócrates, había renunciado a los \$16.000.00 de déficit, a condición que se apropiaran treinta mil anuales para subsanar en parte las numerosas y agobiantes cargas del proyecto hospitalario, tales como: papel timbrado, sellos, sobres y gastos de correo.

Para su tercera presidencia, impactó la opinión lugareña, al renunciar a los \$6.000.00 que le adeudaba el hospital, y no permitió por ningún motivo que le subieran la remuneración. Como es natural, aseguró su escaño a la Asamblea Departamental.

De diputado se sentaba el último y votaba igual. Juntó a Ruperto y a Mamerto para imponerlos desinteresadamente en la Junta de Beneficencia. Lo eligieron director del Hospital Departamental. En el pueblo nos hicimos lenguas comentando la munificencia del doctor: chevrolet 54 y casa al lado de la del señor gobernador.

Hizo aprobar una ordenanza en la que se hacían algunas apropiaciones para el San Micaelo: \$50.000.00 para la compra de un local adecuado y \$50.000.00 para gastos de administración. Como, altruísticamente, no había renunciado a la dirección del San Micaelo, cobró los \$22.000.00 que le adeudaban y los donó para la compra del local. Fue necesario que el San Micaelo tomara

personería jurídica, para lo cual y ante la presión popular, aceptó la presidencia de la Junta Directiva a perpetuidad.

A don Nacianceno, se le compró la casa vieja que tenía en el centro del pueblo por escritura pública registrada a nombre del doctor Obeso. En un recibo, a la vista de todos, constaba el irrisorio precio de \$72.000.00 de riguroso contado. Nacianceno pagó muy mal al doctor, pues lo difamó diciendo borracho, que sólo había recibido \$5.000.00. Con sobrada razón lo encarcelaron bajo el cargo de "Ofensa Pública a los representantes del pueblo", gracias a Dios no prosperó una "multa de \$5.000.00 por ostracismo".

Obeso, devengaba \$6.000.00 del Hospital Departamental, \$3.000.00 del San Micael "medio tiempo, los domingos por la mañana", decía el contrato, 2 casas en la capital, y la finca propiedad que fue del municipio donada por su hermano el señor alcalde Teodoro Obeso. En su inagotable bondad cedió parte de su hacienda, para que se utilizara de coso público, a sólo \$10.00 la sacada del animal, puesto que tenía pasto kikuyo muy bueno y una costosa administración: \$500.00 mensuales devengaba don Anselmo, otro de los hermanos del doctor.

Fundó la casa del partido con fondos, del municipio y del departamento, y una pequeña contribución del 10% sobre los sala-

rios de todos y cada uno de los empleados públicos colocados en nombre de su glorioso y gran partido. El Directorio Nacional en nota de estilo, le envió calurosa felicitación y su candidatura para representante a la Cámara, segundo renglón, acompañado del cabezón Pinilla.

Dura campaña: 36 discursos, miles en propaganda. ¡Ah! doctor tan inteligente. ¡Cómo hablaba de bien! batían palmas emocionadamente los congregados entusiastas. Después les daban ternera a la llanera y un pesito a cada uno, ahí sí eran ovaciones. ¡Qué líder!

El día de las elecciones de mañanita recogían a los copartidarios y los transportaban en camiones. Para que no se extraviaran en el pueblo, les llevaban de la mano. Les hacían lavar el dedo índice de la derecha antes de consumirlo en la tinta roja: "marca de patriotas", decía el doctor Fruto. En la noche les daban cómodo corral para "dormir mirando las estrellas y el azul infinito", decía también el doctor Fruto, "y mañana se van caminando para que les siente el ejercicio". ¡Arrastró el fervor popular!

En la Cámara de Representantes poco habló, o mejor dicho nada, porque según él sólo le hablaba a su pueblo querido y que sólo éste le comprendía.

La que fue casa de don Nacianceno,

era ya un hospital: 16 camas, 2 enfermeras, 6 jeringuitas y 1 aseadora, gracias a la partida de \$200.000.00 apropiada por el legislativo nacional, conforme al bronceo grabado fijado en la puerta, con firma autógrafa del doctor Obeso.

A su brillante currículum, se añadió ahora el de miembro de la junta directiva de dos institutos supraestatales.

Merced a sus brillantes conocimientos financieros y económicos, convenció a los demás miembros de construir hospitales y escuelas, propias de los dignos terruños que les habían visto nacer.

El San Micaelo se vendió por \$450.000. para construir la escuela. Lo que era el caso público se enajenó barato, a \$120.00 la vara, para levantar el moderno hospital con todos los requerimientos de la ciencia. En menos de dos años se realizarían las edificaciones.

El doctor Obeso fue elegido Padre de la Patria, como rezaba en la tarjeta de presentación: su nombre en letras doradas, en medio de las imágenes en alto relieve del Presidente de la República y del Libertador.

Legalizó su unión con la hija del Personero, cargo al que había elevado por sus favores espirituales y morales a don Resuro, desde la época en que ocupó la Presidencia del Concejo. Su hijo mayor iba a ser co-

mo él, médico de la Universidad Sagrada Familia. El doctor Frutico, ya se le decía.

Qué elegante era el doctor en su flamante automóvil último modelo. Lo estrenó cuando colocó la primera piedra del hospital, en el terreno que él había donado, según dijo: "como quien da un pedazo de su corazón por haber sido esta tierra donde depositaron sangre y sudor mis mayores". "Dr. Fruto Obeso, hijo de esta ciudad. Sus conciudadanos agradecidos". Fue la conmovedora leyenda que él redactó. Llorando a cántaros doña Tula se acordaba ese día de cuando le mecía en sus brazos: "Será presidente", fue su profecía y doña Tula rara vez se equivocaba.

Se designó rector del colegio al Reverendo Marco Tulio Tobos Obeso, quien encomendó el plan educativo, motivo que demoró la construcción mientras se conseguía una partida estatal apropiada a tan gigantesca labor.

El doctor sonó para ministro varias veces, pero su abnegado empeño al servicio comunitario, la dedicación a su hogar y a sus negocios le impedían realizar ese sacrificio.

Vino con el presidente del Directorio Nacional a un banquete dado en su honor. Sollozando dijo que él no merecía lo que su pueblo le había dado. Al día siguiente el padre Tobos bendijo las ruinas del San Micael-

lo, donde próximamente levantarían el colegio: "Doctor Fruto Obeso y Señora".

A varios paisanos les consiguió empleo en la capital: Ermenegildo en la Aduana, Evaristo en el Senado, Eulogio en el Ministerio y especialmente a Marinita la del Seguro Social a quien le consiguió empleo de secretaria bilingüe privada, con apartamento y todo. A don William que sacaba los nuches y las garrapatas, curaba las pestes y sanaba las mataduras con solo rezar el ganado, lo impuso de Secretario Departamental de Agricultura y Ganadería.

En un diciembre se fue para Europa. Regresó cargado de cristales y de frío. Relataba encantadoras anécdotas del metro, del Museo de Louvre, de la torre inclinada de Pisa, del Partenón, del Prado, del amor libre en Suecia, de los tesoros del Vaticano, etc., ante los ojos desorbitados y la boca abierta de sus contertulios.

¡Cómo leía! siempre se le vio con unas selecciones del Reader's Digest en la mano. Tenía biblioteca con libros azules, verdes, rojos, que como explicaba le habían costado un dineral, y quien le sacaba jugo era el hijo menor que ya iba en la mitad de la A de la Enciclopedia Británica.

Nunca fue achacoso ni quejumbroso, siempre quiso a la gente y la gente lo quiso a él. Tan simpático, tan bonachón, si hasta hubo un tiempo en que se dejó el bigote y re-

citaba poesías de Julio Flórez. Siempre elegante con sus vestidos cortados por el profe Reyes, tan barato que cobraba, espina de pescado era su paño predilecto, de invariable color gris salvo el tiempo, sombrero de ala ancha y botín. El anillo grande de oro, con topacio incrustado. Para pedir rondas de aguardiente doble golpeaba con aquél la mesa del café, tantos dedos como tragos fueran y giraba el brazo sobre la cabeza.

Daba comidas pantagruélicas: pollo, pavo, res, papa, yuca, ají con aguacate, chicha, cerveza, whisky. Siempre llevaba a los hermanos Tiboza, para que rasgaran el tiple y cantaran picarescas coplas. Duraron tres días los festejos del matrimonio de su hija, la Chata, con el Dr. Dávila de Zulía, bogotano de nacimiento, arruinado a juzgar por las malas lenguas, pero muy inteligente.

¡Ah! doctor Fruto, quién iba a creer que a los 50 años sufriera infarto del miocardio. Le enterraron en un día de sol, con olor a flores, como si todo hubiera renacido. "Mi ciudad sabrá lo que pierde, cuando yo muera" dijo alguna vez, y ese fue su epitafio. Siempre le recordaremos. Menos mal que nos dejó al doctor Frutico.

El doctor Frutico pesa noventa y cinco kilos, boca grande, nariz ancha, traje cruzado, manos regordetas, estómago protuberante; cabello grueso, graso, liso. Graduado en medicina.

Bogotá, julio de 1972

*Un día en la vida de
Alberto Cimarrón*

Alberto Cimarrón se levantó más temprano que nunca. Este día vería finalizada la más grande construcción de su ciudad: cuarenta y siete pisos, erectos, firmes, entremezclados de hormigón, alambres, madera, matemáticas y sudor. Muchas cosas no comprendía de aquella torre, pero él había estado ascendiendo con ella ladrillo por ladrillo, piso por piso, compartiendo todos sus metros.

Calzando la última bota recordó que su padre, albañil como él, le presentó al capataz cuando el lote aún lo habitaba una casona con olor a amoníaco y sabor a años. El contribuyó a derruirla, lo hizo con ánimo, con fuerza, como si en cada golpe de la bolea se derrumbaran las paredes que coartaban al edificio y a su porvenir. Luego vino el cerco del lote llano y la llegada de la dragadora: amarilla, convulsionada, tragando tierra con un apetito voraz, levantándola y paseándola por el vacío hasta los volquetes

que esperaban con sus pltones a espaldas, al igual de quien va a portar a su amo en silla.

Siempre estaban uno detrás del otro, rugiendo, callando, rodando. Vinieron más dragas y a medida que aumentaban el hueco, iban descendiendo haciéndose cada vez más pequeñas y alargando cada vez más su entremezclado brazo metálico como si temiendo ser sepultadas, buscaran asirse de la boca.

Acompañé al capataz a comprar las mallas de acero que servían para cubrir las rocas que se dinamitaran. ¡Bum! y descuartizadas las cargábamos en aquellos obedientes volquetes.

Cuando todo estuvo plano, vino el piloto. Columnas gruesas hechas ya se introducían en perforaciones. Así lo hacíamos en la playa del río, cuando hundíamos los palos en la arena húmeda con la palma de la mano.

Fueron muchas las gentes nuevas que llegaron: ingenieros, maestros, plomeros, electricistas, albañiles como yo. Ortiz, por esos días llegó Ortiz. ¡Pobre! cómo pudo resbalar en el preciso instante que se retiraba un bulldozer de oruga. Aplastado, revuelto de sangre, carnes y huesos. Estuvo en su entierro enviado por el ingeniero: "Hay que asistir como un acto de solidaridad con el compañero". Después iba Ame-

lia, sí Amelia, su esposa. "Por favor, doctor, ayúdeme con estos niños" y los acercaba a su regazo, apretándolos, como si así fueran más piadosos o como si juntando esas criaturitas se volviera a formar Ortiz. Un día no volvió.

Mientras consumía su habitual desayuno de pan y café iba recordando el fraguado de las planchas con sus almas de hierro y la escurridiza mezcla de cemento que a borbotones caía y luego lentamente se solidificaba hasta quedar con la pesadez de lo inmóvil.

Deslizó la mano en el bolsillo del pantalón y palpó con suavidad su último salario. Dobladlos los billetes en dos para así aparentar más fortuna. Las prestaciones sociales de 5 años cabían en una pequeña bolsa.

Qué ironía, pensó Alberto. Suma más de lo que gané en mi primer año y compro menos de lo que compré en ese año.

Descuidadamente le echó el brazo por encima de los hombros a su mujer, miró sus dos hijos con ojos tristes, largamente, como quien ve un río y desconoce a dónde caen sus aguas.

Adiós, les dijo y cerró la puerta. Se paró en el umbral de la derruida vivienda, aspiró profundamente sintiendo en sus nasales y en la garganta esa sensación de herida que da el aire polucionado y frío de la madrugada. Guardó las manos para dar seguridad a su dinero y aumentar la tempera-

tura. El llanto de un niño le hizo aprestarse a andar.

Debe ser el menor que ya quiere su tetero de aguapanela y harina. Se apresuró a tomar el bus. Alberto hacía mucho tiempo sabía que a un hombre de su condición nada lo espera en la vida.

En el segundo trayecto se encontró con la cara esculpida en piedra del padre de su mujer. Jamás le dijo suegro y éste a su vez jamás le dijo yerno. Ambos sabían de su mutuo engaño.

—¿Va a la inauguración del edificio?

—Sí.

—De paso aproveche y vaya al consultorio ese donde planifican la familia. En tres años, tres hijos! Eso ya no se usa. Son una carga. Además, me dicen que le hacen a uno una operación. Uno puede seguir haciendo pero ya no tiene más hijos. Además, me dicen, le obsequian a uno un radio transistor.

—¡Ju! ¡Ju!

—¿Sabe a cómo estaba hoy la papa?

—No.

—A cuatro pesos la libra. Qué gobierno tan...

¡Este viejo! Cuando trabajó en el edificio cargaba bultos de cemento y opinaba de esto y de lo otro. Lo cesaron cuando le empezó la tisis y escupía los gargajos con sangre por toda la obra.

“¡No señor! Los tratamientos médicos son por cuenta del seguro, para eso le pagamos”, decía el ingeniero y en el seguro no lo atendían porque no presentaba la tarjeta de comprobación de derechos. “Esa se la debe dar su patrono, reclámesela; si no se la dan es que no lo tienen afiliado”. “Pero a mí me descuentan de mi jornal”. “Pues, arrégleselas con su patrono”. En fin, es más fácil ir al curandero y tomar sus aguas.

Alberto agachó el tronco y estiró la cabeza acercándose a la ventanilla para poder observar mejor la nomenclatura de la calle. Ya estaba cerca.

Cuando él se casó, el viejo tosía menos frecuente que ahora. No fue el matrimonio como él había visto en una película italiana. Los campesinos vestidos de fiesta con música de acordeones y violines, sentados en una gran mesa, bajo el sol, con mucha comida, vino, canciones bonitas y la novia de blanco, alegre, rosada, con una gran sonrisa. Y él con un terno nuevo. ¡Ah, si hubiera nacido en Italia!

Moviendo ligeramente la cabeza, se despidió. El humo que arrojó el autobús al arrancar le hizo salir de su ensueño y mientras se restregaba los ojos con los nudillos de los índices, se preguntó: —¿Dónde quedará Italia?

Al doblar la esquina vio en la distancia su edificio. Tanta grandeza sólo la había

sentido cuando de niño su madre le llevó a cumplir una promesa a la bienhechora Virgen de Morcá, la que le había curado de un extraño mal que le enturbiaba la vista y lo mantenía con diarrea. Era una virgen oscura con una iglesia azul.

Esto es como aquella virgen, se dijo, también me ha permitido vivir, tener mujer, hijos, amigos, esta ciudad. Está tan alta, cerca del cielo y yo que estuve en ella le pagaré hoy ese milagro.

Casi corriendo llegó a los pies del moderno coloso, situándose en la calzada opuesta, mientras su corazón se sosegaba y su mente se perdía.

La ciudad ya se estaba despertando. La gente brotaba de todas partes con su interminable variedad de rostros, siempre escasos los alegres ya que la mayoría presente la supervivencia y desconoce con qué máscara ocultarse.

El sol ascendía rápido y en su irisar formaba largos y rectos haces de luz, terminando en una inmensa aureola que se colocó sobre la cabeza del edificio. Toda la mañana contempló Alberto ese fenómeno, inmóvil y sordo, con los dedos entrecruzados y puestos a la altura del pecho. Parecía que orara.

Un movimiento brusco de su cuerpo le hizo despertar súbitamente y agrandar sus redondos ojos de fiera, mientras sacudía

sus brazos, como ave herida, buscando apoyo en el viento.

Repuesto, alargó su vista para ver mejor la turba humana en la gran puerta de vidrio, lo que le indicó que la ceremonia de inauguración estaba presta. Mujeres envueltas en abrigos, con elevados peinados; señores con trajes elegantes, militares condecorados, sacerdotes cruzados en púrpura, todos extendiéndose la mano, acercándose las mejillas, sonriendo, con la rapidez de un guiño, abrazándose con circunferencias exactas.

Rápidamente cruzó la avenida, aquellos cuerpos vistos como rayos semejaban selváticas marañas que le impedían avanzar libremente. Sentía sus pies forrados en hormigón caminando por un espeso y profundo lodazal. Tanta era la angustia al ver a su dios mancillado.

—¿Para dónde va usted? le dijo el portero.

—Para adentro, para adentro.

—Usted no puede pasar, muestre su invitación.

—¿Mostrar qué? Este edificio lo hice yo. Vea estas manos...

—Muéstreme su invitación o no pasa.

—Señor, déjeme pasar por favor, años duré entrando y saliendo, ni siquiera estaba esta puerta, esas paredes, yo soy el alba-

ñil, el albañil más antiguo en la obra. Aquí aprendí, aquí enseñé, vea hasta...

—Está bien, está bien, le dejo pasar pero por lo menos, póngase una corbata.

—¿Corbata? Pero si no tengo.

—Pues cómprela y deje pasar a los invitados, le espetó dándole un fuerte empujón.

—Un loco, fue la explicación que dio a los concurrentes que observaban la extraña escena, mientras se acomodaba la gorra y exhibía una amplia sonrisa.

—Un loquito que cree estar invitado, suavizó.

—¿Loco yo?, ¿yo? que trabajé aquí durante tanto tiempo.

Cimarrón repasó por primera vez los años doloridamente, pues un enorme vacío de desamparo le concluyó su filosofía: jamás los sumó a su nacimiento, siempre los restó de su muerte.

Todo esto para ir acabándola a pedazos, construyendo nada. Como lo hacía Gómez con sus dedos: cada pared de su casa necesitaba nuevo dinero que Gómez obtenía acercando un dedo a la sierra. Cuando sólo tenía el muñón, terminó su casa y tuvo que venderla para comer pues nadie emplea un mutilado.

—Qué estúpido, qué estúpido. Exigirme corbata a mí, ni que fuera doctor, qué estúpido, mascullaba, andando sin rumbo, vol-

teando de tiempo en tiempo la cabeza y mirando el gigante que con un cielo límpido de fondo, pincelado por algunas nubes, parecía crecer y moverse hacia él.

Súbitamente bajó los párpados, apretó las manos para evitar que sobre su cara corrieran lágrimas de ira, al observar un escaparaté profuso del símbolo que iba odiando.

Curiosa alternativa para un hombre que cada vez que recibía su sueldo, dudaba en entregarlo todo a su mujer o escamotear unos pesos para unas cervezas. Si hasta con el Padre Nuestro hacía el chistecito de "el pan nuestro de cada día dánoslo hoy pero que por una vez no sea fiado" y ahora se veía abocado a escoger entre tener un cortísimo disfrute con su familia que le era permanente o con una ceremonia que sería fugaz!

—Estúpidas, estúpidas corbatas, les gritó.

Cimarrón las vio más de cerca y pudo observar en una la pequeña cintilla que la cruzaba con la leyenda: "cravatti d'Italia" que él leyó casi deletreando.

¡De Italia!, ¡ésta es de Italia! lo que le produjo un cierto alivio al mitigar con sus recuerdos la decisión que ya había tomado: era necesario comprar una. De la tienda salió luciendo un abultado nudo sobre su camisa ajada, un mohín en su cara y las ma-

nos en los bolsillos de su amplio overol azul donde ya no sentía la paga que había recibido.

Con paso firme retornó al edificio. Cruzó el umbral ante la boca abierta y la mirada atónita del portero, quien sólo se atrevió a estirar el brazo despaciosamente, indicándole que siguiera. Sin perder su actitud, aspiró profundamente y con el pecho erguido ingresó al salón principal. Por un instante le pareció que se había equivocado de lugar, pero no, estaba colmado. Toda la gente que vio en la puerta allí estaba.

A medida que avanzaba los grupos se callaban, ponían sus ojos en él y le abrían paso con leves inclinaciones de cabeza que Alberto Cimarrón agradecía con sonrisas y dadas de mano.

Tomó asiento reposadamente y con la cabeza en alto concedió el permiso solicitado por el orador para iniciar su discurso. Aplaudió desgarradamente y con igual efusión permitió que tocaran los músicos y repartieran bocadillos y licores.

Se despidió de la misma manera como hizo su ingreso, en medio de un silencio general.

—Gracias por decirme lo de la corbata. Qué respeto da. Toda la gente de la reunión fue muy educada conmigo. Gracias, le dijo nuevamente al portero, y adiós.

—¿Y éste quién es? le preguntó el vigilante al portero.

—No sé, vino esta mañana a que le dejara entrar a la inauguración. Volvió hace un momento con esa corbata y ahora sale y me dice que la gente que estaba en el salón es muy educada. La reunión terminó hace rato. Allí no había nadie.

—Un loco.

—Sí, un loco.

Sentado en una banca de su vivienda, Cimarrón se deleitaba repasando el esplendoroso ágape, acariciando lentamente la enorme piel de su corbata.

De cuando en cuando la voz chillona de su mujer le interrumpía su sueño: el dinero, las fiebres, la comida, los niños, el hambre, el discurso, la música, el llanto, 47 pisos, los vómitos...

Vino el silencio y en su mundo estaban un espejo, su corbata y la luz de una vela que reflejaba su cara sonriente adelantada de las vigas de su desnudo techo.

Deshizo el nudo, acercó la butaca, lanzó la seda sobre la viga y cumplió su rito de muerte.

Una levísima brisa de aquel exótico péndulo atestiguaba la incongruencia de mezclar pobreza e ilusiones.

Bogotá, agosto de 1977

Monólogo de mi general

*A Raúl Mojica García,
In memoriam*

No recuerdo bien cuáles fueron mis primeras palabras, de lo que estoy cierto es que fueron pronunciadas con ese aire marcial que aún hoy me caracteriza. La voz enérgica y viril se obtiene con un esfuerzo estomacal que al salir debe aletear las fosas nasales: ¡A la izquier! ¡A la defri! ¡De frente! ¡Mar! Eso requiere una gran concentración y una aptitud mental altamente positiva. Pudiéramos decir que es una distribución logística del aire.

Di muestras precoces de mi inclinación, pues desde que me amamantaban solía sostenerme más de lo que mandan los reglamentos.

Un poco más crecido hacía a satisfacción mis deberes materiales: no era imprescindible el que me suministraran vitualla más allá de la estrictamente necesaria, pero eso sí, la cambiadera de pañales indi-

caban un organismo de gran asimilación y pronta evacuación. Factores que indicaron mi desarrollo posterior.

Mis juegos no diferían de los que practicaban los demás niños: pedrear perros, desflorar margaritas con mi espada de palo, romper bombillas del alumbrado público, clavar a hurtadillas tachuelas en las nalgas de mis compañeros, hundirle los ojos a las muñecas de mis vecinas, en fin, todas esas actividades, inocentes por lo demás, que me causaban una hilaridad grandísima.

Mi nombre corresponde al santoral y a mi abuelo, así que como nació el 1° de enero, día de la Circuncisión del Señor, se me bautizó Baudilio Circuncisión Boada Niño. No utilizo el segundo nombre, pues me parece algo afeminado. A secas soy mi general Baudilio Boada.

Es de rigor mi ascenso en el escalafón: Cadete, Alférez, Subteniente, Teniente, Capitán, Mayor, Teniente Coronel, Coronel, Brigadier General, Mayor General y General. Se me iba malogrando el de Brigadier General ya que estos ascensos debe hacerlos el Congreso Nacional por recomendación del Ejecutivo.

Mi General Valencia Pongutá Arcesio me sugirió enviarles algunas notas de estilo a parlamentarios claves en esa oportunidad. "Estrategia mi querido amigo, estrategia". Me dio una lista sin fin de padres de la

patria. De uno de ellos no se sabía si era Honorable Senador u Honorable Representante, por lo que opté el de Honorable Parlamentario. En el tarjeterío utilizábamos abreviaturas: H.S. o H.R. Qué calentura del tipo ese y resultó con que era el Presidente del Senado!

En el comienzo la vida militar es muy dolorosa: gran esfuerzo físico y algunas horas de clase. Terrenos, gimnasia, equitación, esgrima, instrucción de armamento, polígono, órdenes del día, combate en localidades, mantenimiento del equipo, aseo de la escuela, rancho, paradas y calabozo. En los ratos libres le dábamos a la Historia y a la Química. Es un enorme conato que se compensa con las salidas dominicales y el poder lucir el uniforme respectivo.

En las profesiones marciales el uniforme presta un valor especial. ¿Quién se imaginaría a un militar sin condecoraciones, sin barras, sin estrellas, sin cucardas, sin alamares, sin bastón de mando? Nadie, ¿verdad? Parecería un vulgar civil. Con ellas vamos diciendo nuestra posición y grado. A los civiles, se los tienen tirados con cartones para colgar en las paredes. Se podría escribir todo un tratado de esta íntima relación.

Algunas veces me sentía desfallecer y sucedió cuando era alférez. Siempre se nos llevaba en estricta formación a cuanta fies-

ta nacional o religiosa hubiera, a las conmemoraciones, a los Tedéum, al Capitolio, al Palacio Presidencial, a las catedrales. Horas interminables en posición fir, soportando todo. Cómo sería aquello que al regreso a la escuela entrábamos de carrera a los baños para echar una meadas que envidiaban los caballos.

Fue en una ceremonia de tantas que aprecié la fuerza y la razón de ser militar. Llevábamos tres horas esperando al Señor Presidente de la República en la Catedral Primada. Conteniendo hasta el sudor. El Comandante era mi Mayor Bocanegra Baraya Bernardo, grande como torre de centinela, ancho de hombros y de un enorme mostacho con las guías hacia abajo. ¡Estaba mamado y no era ningún vaselino! Caminé por las filas y en una silla forrada de púrpura se desparramó. Sacó el sable hacia adelante, colocó el casco en el piso, se desabotonó la guerrera y limpió su cara con el pañuelo. Se le acercó un Caballero del Santo Sepulcro y le dijo: "Señor Oficial, esa silla está reservada al Excelentísimo Señor Cardenal Primado de Colombia".

Mi Mayor recostó el trasero contra el brazo del asiento y le contestó con esa voz fuerte, guerrera, que le definía, mientras repasaba con la mirada despectiva la capa magna, los plumajes y los festones del señor: "¡Me importa un culo sacristán marica!".

Nos dio risa, pero eso acabó mi vacilación. Los militares sí sabemos hacernos respetar. ¡Había que verle la cara al fulano ese!

Tuve distintas y variadas acciones bélicas. Muchas. Contra guerrilleros principalmente aunque siempre soñé con una guerra grande: caballería, infantería, artillería, aviación, marina. Desplegar sobre mapas todas las tácticas y estrategias que nos enseñaban, especialmente las del libro de... no recuerdo el nombre, un italiano en todo caso.

Lo que me valió la medalla al Mérito Militar, fue la toma de la Universidad Nacional. Cualquiera sabe que esos vergajos reciben la educación gratuita por parte del Estado y el pago que dan es el de destruir lo que sale del bolsillo de los contribuyentes. El universitario ha mancillado su hombre, ya no es ningún respeto decir: "soy universitario". Las gentes de bien los asocian con delincuentes inmediatamente. Queman carros, destruyen las edificaciones, atacan a las gentes con piedras y ácidos. Un universitario es para que estudie, aprenda bien con lo que se va a defender en el día de mañana y le sirva eficientemente a la Patria.

En verdad fue una buena acción. Los subversivos se encontraban por la calle 45, echando sus consignas que siempre se concentran contra el gobierno y el gran país del

norte. ¿Qué carajos tiene que ver USA con lo que pasa en nuestro país? Ellos están tierra de por medio dedicados a serios problemas. Ir a Júpiter, confrontar su armamento con el de los comunistas. ¡Vainas verracas! ¿Qué tienen que ver con la educación, qué les importa si un fulano estudió o no? Nada. Los dineros que mandan son acciones filantrópicas, como se dice.

Estaban en la 45 con 30. Yo localicé de a dos batallones cada dos cuadras en los cuatro puntos cardinales. Nos cubrimos con los cascos antimotines y con escudos de fibras de vidrio de esos que dicen "police". Ordené el avance al trote en formación de escuadra.

Cerca nos recibieron con una lluvia de piedras que yo hice contestar con ráfagas de salva. Los individuos salieron despavoridos. Como vieron que ninguno cayó herido a pesar de la proximidad y del ruido de las descargas, se dieron cuenta de qué eran y tomaron confianza. Reatacaron en mayor número y en ese momento ordené a la Compañía de Choque disparar, eso sí, balas con pólvora y acero. Es magistral esta concepción, me la inspiraron Bolívar con el cruce de los Andes y Aníbal con el de los Alpes. Acciones inesperadas ¡ese es el éxito militar!

Los periódicos de la oposición atacaron mi operativo, como era de esperarse, pero

yo tenía la satisfacción del deber cumplido y así me lo reconocieron mis superiores. ¡De algo tienen que servir los cursos de UNITAS en la Zona del Canal!

Después del rumor del golpe de Estado se me nombró Agregado Militar en la Embajada de la Rue d'Elysée. La vida diplomática es otra cosa.

Allá tuve el talento de tratar al doctor Jaramillo Jaramillo, quien me daba clases de francés, especialmente en Pigalle: *cherie, mon amour, mon petit chou, allons a la chambre, foqui-foqui* y demás jerga que usan los franceses. Aprendí a conocer los buenos vinos y toda esa interminable lista de quesos. Con el Agregado Militar de México nos hicimos lanzas. Qué cantidad de plata les mandan, al fin y al cabo, son más desarrollados que nosotros. A mi regreso me mandaron de comandante a la Séptima Brigada acantonada en Villavicencio. Qué impresión causaba entre las viejas cuando taconeaba, me inclinaba y les besaba la mano espetándoles un: ¡madame! ¡Ah! esas galanterías francesas dan un aire superior.

Aquellas experiencias son inolvidables: los paseos a la estancia de la Marquesa de la Rochefoucauld: ¡qué comidas! ¡qué mujeres! ¡qué elegancia y qué lujo! El doctor Jaramillo me anotaba, para mis memorias, los hombres de aquellas apetitosas viandas, recalcándome el honor que nos hacía la

Marquesa al distinguir a los oficiales en el menú: "le canard à voler, le oiseau à siffler, les singes à les militaires, o en los vinos: "pot de chambre", "urine de mademoiselle" y "pissier les militaires".

De ordinario, nuestras conversaciones frisaban sobre el panorama latinoamericano, lo que me permitió tomar una visión de mis colegas: los chilenos son una versión india de los prusiacos, aunque, a veces, se exceden de civilistas, se sabe qué les pasó con el medicucho aquél. Los venezolanos llenos de Mirages, Phantoms y Mercedes Benz. Los ecuatorianos de vainas no utilizan arcabuces. Los peruanos quieren hacer la revolución hablando quechua. Los brasileños son alumnos de Harvard y M.I.T., pero nunca egresados. Los bolivianos, uruguayos y paraguayos copian mal a la Argentina. Mis compatriotas se dejan ascender. Los centroamericanos tienen mucho folklore, dinero en Suiza y experiencia en guerrillas. A los mexicanos les gusta hablar de Quetzacoatl y jamás de Santana.

El militar en Latinoamérica, por excelencia, es el argentino y lo puedo explicar: no han cometido la burrada de que cualquier perico de los palotes abraza las armas. ¡No! Los hijos de lo más granado de la sociedad son los que ingresan y desde cadetes les inculcan una vocación presidencial envidiable. De ahí ese aire marcial, cual-

quiera de ellos sabe que puede ser presidente de la República, están preparados para eso o para influir, o al menos, tener una querida muy próxima a la Casa Rosada.

Siendo Comandante del Fondo Rotatorio me iniciaron una investigación, urdida por los políticos sobre supuestos malos manejos. Mi defensa fue magistral: ¡Tengo yo la culpa de que los proveedores quieran obsequiar a mi mujer porque uno los prefiere en el mercado? ¿Puede una civil negarse a recibir regalos por estar casada con un militar? Me juzgaron mis compañeros de curso: el pollo Fernández, la gata Bermúdez y el peludo Contreras. Me absolvieron naturalmente de tan vil calumnia.

Sin embargo, ésta fue la brecha que agotó mi carrera militar, me sacaron a relucir cosas pasadas como lo del golpe, lo de la embajada, la falta de estudios, el tiempo de servicios, con lo que me obligaron a pedir la baja.

Hoy no estoy arrepentido de mi vida pasada, mi ascendencia en los reservistas y en los retirados me permite pensar en un futuro político bastante promisorio. ¡Quien va y quita que inaugure un mundial de fútbol, vestido de civil!

Villavicencio, noviembre de 1981

Juanita Campanas

*A Rafael Rodríguez Orjuela,
él sabe por qué.*

Mejor instalada no podía haber quedado la casa: en las afueras del pueblo, pintada de azul, con un bombillo de mortecino rojo en la puerta y sobre todo unas camas hechas de ladrillos con colchón de tamo que aguantarían hasta la más pesada faena.

¡Ahora sí tiene que irme bien! dijo con aire complacido Juanita Campanas, paseando con la mirada orgullosa su nuevo negocio. Mañana me llegan las chicas de Bucaramanga y Tunja, pero naturalmente digo que son de Pereira. Espero soporten hartos porque en este pueblo no hay competencia, he visto muchos viejos y muchachos que deben estar acabándose la vida a manotadas.

Aquí hago un capital, me regreso a Villavicencio, compro una casa mejor que la de Alicia y me pongo a cebar ganado en mayores cantidades que las de la tetona esa de la Carmentea.

A mí lo que me faltaba eran unos centavos para independizarme, abrirme por propia cuenta, porque cuerpo y cara no me faltan y lo meneo que ya quisieran algunas. Aunque los años no han pasado en balde, ya tengo arrugas pero donde sabemos ¡ni un pliegue!

¡Cómo es la vida!, ¿quién iba a creer que terminaría de empresaria de una casa de éstas? ¿Cómo era que me decían en la comisaría la otra vez? Trata de blancas. "Y qué tiene que decir a su favor", me dijo el comisario ese. Pues que yo trato blancas, amarillas, negras, cobrizas y mulatas. Yo no ejerzo discriminación, o sea que no hago apartheid. Porque eso sí, el oficio éste es movidito pero una aprende sus palabrejas y trato refinado: no en vano me he rozado con doctores y altos funcionarios. Ahí está el chiquito La Rotta que fue gobernador, me llegaba y me decía: "Juanita quiero que me dé lo que soy". ¡Jay, chiquito bandido!

Yo no me inicié en el oficio sino que me iniciaron: el vecino y las ganas. Primero hacía citas en moteles, después me descaré: entré a la Casa de las Muñecas. Me sacó a vivir juiciosa el Pote: 120 kilos de humanidad encima. Lo que más derramaba era sudor. ¡Buena papa el asqueroso! Todo lo que tuve que soportar: al monito Matallana que no me pagó, me dejó encerrada y me robó la ropa; a Leo que tenía un gemelo, tan idénti-

cos los desgraciados, que se turnaban en la oscuridad y yo convencida de que era un verdadero reproductor. El "Bejuco" que entraba con grabadora dizque para recordar momentos inolvidables. "De rodillas, de rodillas, que llegó el mejor catre de habla hispana", decía el negro Barrios. ¡Lenguaraz!

Mañana, en la inauguración, esto va a estar requetebueno. Tengo invitados al teniente de la policía, al alcalde, al personero, al tesorero, al juez y a otro poco de caballeros. Al cura le mandé razón por si acaso. "Pero mijita, cómo va a abrir un negocio de esos en ese pueblo. Si ese pueblo es conservador y en ningún pueblo godo hay meretrices". Con mucha socarronería le contestaba: ¿Ah, no? y entonces ¿por qué son así, ah?

Dentro de las peladas debe venir la Marta-Traba. Le pusimos así porque se llama Marta y le fascinan las 'trabas' con marihuana y además porque es toda intelectualoide. Se sentaba a beber con Alvarito, a hablar de pintura y cosas así. Alvarito se recitaba eso de "decidme señora, es ésta la casa que fue de Richards" o bien se soplaban lo de "mi vida era una llama y el viento la apagó". De Porfirio Barba Jacob. ¡Claro está!

A veces declamaba los Nocturnos de Silva, con esa voz de tarro de tanto pasar

aguardientes: "...como si un presentimiento de amarguras infinitas, hasta el fondo más secreto de tus fibras se agitara".

"A ver culiseca cansona, otro palito para esta mesa, póngase la Polonesa de Chopin y la Araña de José Alfredo y venga hacemos el amor como a mí más me gusta... ¡al fiado!".

Otras discutía con el loco Flórez: "Mire, hermana, el loco es mitómano, no le crea lo que dice". Mitómano, majadero, le increpaba, ahí está la del restaurante por los lados del cementerio, la que me preparaba "crepes suzettes", la Celina, esa se suicidó de una puñalada en el pecho, puñalada por lo demás insinuante, o sea por despecho, ya que yo la había dejado. Hasta me rogaba que me quedara con ella. Y la esposa del médico, ¿qué? ¿No se fue a vivir conmigo y no la puse a pagar el arriendo de la suite en la pensión? y la "cara de conejo" ¿qué? ¿No lo dejó a usted por irse conmigo en mi lujoso automóvil a unas fiestas en Girardot?... Es que las facciones, este plante y este don de gente no se consiguen así como así. "Vas a morir como todo un play boy, le contestaba Alvarito, así como Porfirio Rubirosa, que se mató saliendo del "Moulin Rouge", al estrellar su Ferrari en el bois de Boulogne contra un ciprés. Igual, te va a pasar igual, salvo que saliendo de las "Menchudas", en el Ford tres patadas, que tie-

nes, en la calle de las Puñaladas y contra un palo de matarratón".

¡Qué lengua! Si a la turca, la del carrito rojo, cuando tuvo amores con Oscar, el que estudiaba en Estados Unidos, le decía: "¡Hermanita, sí que eres afortunada, sin ir a Hollywood te has ganado un Oscar!".

Lástima del Alvarito. Se casó y se ajuió. En fin, ya vendrán otros.

Juanita fue recogiendo la sonrisa que estos recuerdos le producían. Quedamente se sentó, metió las manos unidas por las palmas entre los pliegues de su falda ancha, soltó la mirada al vacío y de su cara de marioneta salieron con timidez una cuantas lágrimas.

No. No era así su vida. Nunca había tenido un juego de ruleta que siempre le pagara ganador. Muchas veces se había sentido estrujada, aniquilada, pasar de la tristeza al aburrimiento, de la nada a la soledad, del dolor a otro. Siempre quiso ser libre y la perseguía la justicia. Las circunstancias, la vanidad, el orgullo, el egoísmo, todo fue cantera para esta falsa razón.

Qué será de aquel joven poeta, flaco, de ojos negros, siempre sonriente que me hacía pensar y solía decirme: "Juanita, lo que hagas, hazlo siempre como un poema: con la imaginación, ya que con ella nunca se peca". En fin, tristezas a un lado.

Pues si todo estaba de lo más organi-

zado, me iba muy bien con la casa: vendía whisky a porrones, cambiaba de muchachas cada dos meses, hasta me conseguí tres locas de Cali, con unos ojazos y unos cuerpos que ni para qué le digo. Fue la época de las vacas gordas, me compraba unos vestidos Cristian Dior, que me llevaba un paísa, pero suntuosos. Los maquillajes todos de Elizabeth Arden.

Me dio por tomar champaña. ¡Ay! era de lo más cómico. Me conseguí unos envases de Ponsardin y les embutía Capablanca, de la nacional querida, y se la vendía carísima a un senador con el que hacíamos política por allá y eso que había estado en intercambio cultural por las Europas. Si hasta me compré un Simca, miya, baratísimo, no duran un carajo pero qué más hacía con esos precios de los otros carros populares.

Eso vivía lleno todas las... ¡bruta!, casi digo ¡todas las santas noches!... ¡Con esos bacanales!

La Maggi, sí, como el caldo, te acuerdas, pues esa se fue juiciosa con el alcalde: un turco de unos mostachos impresionantes y de una... ¡huy! me dan escalofríos de solo acordarme. La Chochis se casó con un ingeniero de lo más querido y la tiene divinamente bien, en Bogotá miya, me la encontré en una pizzería elegantísima. Yo iba con el gerente del banco, ese que me hacía

reír tanto cuando me decía: "Ala, a final de mes pasas en rojo hasta en tu cuenta corriente".

Tuve maridos, como no te lo imaginas, con todas las variantes: celosos, tacaños, entucadores, bobalicones, gotereros y verracos. Del que más me acuerdo es de Nesticor, me daba unas golpizas espantosas porque yo me volaba a chicaniar al Happy Nite y remataba con coca y marijuana en unas amanecidas de las nuestras en el Carrusel Latino.

Pues sí: ¿Que por qué dejé el negocio? pues mira, todo muy bien como te decía. Pero cometí dos errores: el primero, dar vales y me firmaban todos todos, queridita, el alcalde, el personero, el tesorero, el de las rentas, como quien dice las autoridades. Y el segundo... cobrarlos. Se reunieron y en masa con las señoras del Corazón Apasionado de Jesús le exigieron al cura párroco que me bombiara del pueblo. Se fajó unos sermones como de Bossuet, así me dijo el poeta, sin mencionar a la María Magdalena para nada. Me fijaron dos pasquines y me caían rondas de policía todas las noches. Cerraban el establecimiento y a beber gratis los muy...

Así que me vi obligada a cerrar y aquí me tienes queridita. Voy a ver si le administro a la Beatriz un nuevo negocio en un pueblo de los Llanos, campestre y tal, porque

como dice el mono Garzón en el Llano fundan los pueblos los conservadores y los curas y los hacemos progresar los liberales y las putas.

Villavicencio, enero de 1981

Aeternum-Vale

*A mi compadre Jairo Filiberto
Niño Mariño*

Se sentó lentamente en su ancha silla de madera y cuero apergaminado. No estaba abatido pero había preocupación en su rostro. Colocó los codos sobre la mesa, entrelazó los dedos de sus manos, como en una plegaria, y acercando los labios besó la unión de los pulgares. Fue un beso prolongado. La forma y el contacto le dieron un dejo de voluptuosidad erótica.

No. Es el momento —se dijo— ¿por qué todo dejó de ser importante? ¿En dónde empezaron las fallas? ¿Cuál es la razón de esta atroz determinación? ¿Será un desequilibrio emocional? ¿Una esquizofrenia que me impele a este sublime acto? Es el acto del valor del cobarde, leí alguna vez, pero aún así es sublime: disponer de la vida, como Dios, como los grandes hombres. ¿Un muerto pensará? Quiero decir, ¿sabrá uno que se está muriendo? ¿Habrá arrepentimiento? ¿Y si el método falla? Como con Edmundo cuando se llenó de píldoras, y lo descu-

brieron babeando grandes cantidades de espuma blanca. Le salvaron la vida con vomitivos, lavados estomacales y una traqueotomía que le dejó una gruesa cicatriz. Después usaba una bufanda para ocultarla y la gente se burlaba a sus espaldas por no haber muerto.

A Martínez, sí no le falló. Solíamos beber cerveza con Jairo, en los Tres Mosqueteros. Hacía meses no veíamos a Martínez compañero de la universidad, buen estudiante, campeón de ajedrez, impecable en su vestir, con la exótica costumbre de portar un sombrero verde en la mano, jamás se lo puso en la cabeza. Caminaba presto. Sus cuasi-horizontales dientes le forzaban a mantener la boca abierta, en una eterna sonrisa. Llegó y nos dijo: "Me voy a suicidar esta noche". Y se mató esa noche. Lo supimos quince días más tarde al ver un obituario.

¿Por qué se mató Martínez?, me preguntaba Jairo. "Yo sé pero no se lo digo", siempre le respondía. La verdad, es que nunca supe por qué se mató Martínez. Simplemente fue un rayo sin tormenta.

Tiene que ser una muerte con mucha dignidad... ¡con un revólver! Las armas de fuego siempre han tenido prestancia social. ¡Un tiro en la sien! Coloco el cañón ligeramente levantado, calculando que la bala atravesase diagonalmente la masa encefáli-

ca. (¿Me faltaría ser más egoísta?). Levanto el gatillo superior para evitar el desvío del proyectil y aprieto. (¿Algo en mi educación? Buenos padres, colegios, universidades). Alcanzaré a oír el estallido, todo se nublará, trataré de gritar pero no alcanzaré. Me desplomo a un lado... al derecho. (Si hasta me toman por intelectual. Falta de dinero no ha sido). Se oirá el retumbar por la casa, vendrán corriendo. ¿Qué pasa, qué pasa? Me encontrarán desplomado a un lado, al izquierdo... tiene que ser al izquierdo porque no soy zurdo! (¿Poder? ¿Tal vez más poder?). Los sesos esparcidos por la pared, sangre en el piso y mi esposa gritando: "¿Qué hizo?, ¿qué hizo?". No, no me gusta, ¡tendrían que lavar las paredes... y mi mujer grita tan recio!

¿Pero si me pego el tiro en el corazón? Voy a donde el médico a que me pinte sobre el pecho exactamente su localización, como al poeta Silva. (¿Amor? ¿Será amor lo que no he tenido?). Mejor pido prestado un fonendoscopio y donde oiga los golpes de sístole, diástole, sístole, diástole, lo dibujo. Sería más práctico presionar el gatillo con el dedo pulgar así el tiro sale directo y rompe los músculos... creo que caeré hacia adelante. (He tenido algo mejor que eso: ¡he sido envidiado!).

A propósito, no tengo revólver, tendría que comprar uno. La venta no es permiti-

da sino por el ejército, harían preguntas... ¡lo pido prestado! Mi hermano tiene uno: Smith y Wesson, 38 largo. "Para qué lo necesita". "Para los ladrones, ha habido algunos robos". No muy obvia. Y además él lo usa para eso, para protegerse de los ladrones. "Para practicar". "Y a los 50 años le dio por practicar... si ya no tiene pulso" me diría.

Yo creo en Dios pero hace mucho tiempo tengo la convicción de que no existe otra vida. Se muere y se es mutante como toda la materia, un tanto repartido pero molecularmente igual. Aunque a veces dudo, pues sé que puedo mover voluntariamente una piedra pero ella nunca me moverá a mí. Hay millones de seres que creen en las teorías animistas de la recompensa y el castigo... ¡como las compañías de seguros! ¿Estarán equivocados? ¿Y si el equivocado soy yo y en verdad existe otra vida solamente dada la salvación a quien creyó en ella? Me presento ante Dios y me dice: "No, usted no". Bueno, tuve la duda y la duda siempre está a favor del acusado... falta saber si el derecho divino será igual al humano!

Se recostó plenamente contra el espaldar, distraídamente sacó un cigarrillo. Suave y repetidamente rasgó un cerillo como temiendo que ardiera.

Debo concentrarme en el método. Es lo que ahora importa. ¡Ah, no! ahorcarme,

¡sí, no! Me serviría la baranda del balcón del segundo piso pero da a la calle... ¡y espectáculo si no doy!

¿Y con un cuchillo?... ¿con un puñal? Tengo una pata de cabra que compré en Madrid, en el Corte Inglés. A todo el mundo le digo que lo compré en Alicante, en la fábrica y les muestro el made in. Como con las copas de brandy: tienen mi monograma, hechas para mí en Murano. ¡Ah! ese viaje fue inolvidable. El primero, suelo jactarme, fue en 1964, tenía 30 años, vendí todo lo que tenía, lo convertí en dólares dispuesto a feriarlos, sabía que esos millones los podría volver a tener alguna vez pero treinta años nunca más. Una vida de hippie con smoking: Oosborn, Saint-Michele, Taksin, La Gran Vía, Veneto... ¡qué vida!

Con puñal debe ser a dos manos y revolverlo dentro. Un hara-kiri. Debe ser terriblemente doloroso. ¿Dónde guardé el pata de cabra? ¿En el tubo plástico de champaña brasilera? ¿En el closet? ¿Se lo llevaría el mayor para el camping? Creo que sí. Hara-kiri no es la palabra correcta. Hace poco lo leí. Cómo es...

El fósforo ardió despaciosamente, lo acercó al cigarro, aspiró con fruición, sin dejar pasar el humo de la garganta, entreabrió la boca y dijo envuelto en las volutas: "Peto, non dolet".

Con una espada... y me dejo caer sobre

ella, a la manera romana. ¡Qué valor el de esa mujer! Al ver que su marido vacilaba ante el suicidio, tomó ella la iniciativa, se enterró la hoja, ensangrentada se la alargó y le dijo: Peto non dolet... ¡Oh, si la mía hiciera lo mismo! ¡Calpurnia? No... ¿cómo se llamaba? Hemingway hizo una versión, se puso el cañón doble de la escopeta en la boca y disparó con el pie... ¡debió ser con el dedo gordo! Varias veces lo leí: *Tarde de toros*, *El viejo y el mar*, *Las nieves de Kilimanjaro*. Vi la película: ¿Por quién doblan las campanas? con Ingrid Bergman y Gary Cooper.

Me velarán en la sala, aunque es más cómodo en una funeraria. Un ataúd caoba, con manijas de plomo. Seis manijas. Forrado en seda blanca, abollonado, con ventana sobre mi rostro para que me vean. Habrá coronas y hasta discurso: "Nos aprestamos a decirle adiós a quien en vida fue un amante esposo, un padre ejemplar y un leal amigo... solamente se nos ha adelantado en recorrer este amargo camino". Sin duda que termina: "no es un adiós sino un hasta luego. Descanse en paz".

Se atreverá a decir que me quité la vida por voluntad propia? Me tienen que enterrar en el rincón destinado a los suicidas. Es el más alumbrado de todos. Allí van a hurtadillas y nos colocan... les colocan muchos cirios. Son las almas más favorecido-

ras por encontrarse en pena, decía mi mamá. ¡Hola! la pobre viejecita va a sufrir mucho..., ¡me quiere tanto!

El más práctico medio deben ser las pastillas para dormir, unas treinta o cuarenta. Habrá que tomarlas una a una con una gran jarra de agua... sería mejor con jugo de naranja... o whisky. El problema es que el alcohol me produce un movimiento breve y continuo en los intestinos, peristáltico creo que es el término médico, que agiliza el desplazamiento de los alimentos, vienen los retorcionones y termino muerto en el retrete... cosa que no me parece nada digna.

Así fue en la luna de miel, me tomé un par de tranquilizantes, vino la champaña y otros tragos y toda la santa noche corra, porque ¿quién tranca el esfínter? Un medio esfuerzo y ¡zas!, otra vez para el baño. Inolvidable, inolvidable. De tanto papel higiénico que usé se me excitaron las hemorroides. ¡Esa sí que es otra historia!

Podría lanzarme de un edificio bien alto. Un piso 30 por ejemplo. La persona pierde el conocimiento antes de llegar al asfalto, sería indoloro. Desde el restaurante del Hilton, del último nivel. Los vidrios son muy gruesos, así que debo tomar impulso, una buena carrera, le meto el hombro y todo el cristal salta hecho añicos. Caigo al vacío. Debo arquearme hacia atrás como un con-

torsionista... ¿se me fracturará la columna vertebral?

Tendría que llegar bien temprano para asegurar mesa cerca del ventanal. Ordenaría un almuerzo de lo mejor: palmitos, ostras a la Rockefeller, boullabaise, langosta a la Termidor, Tournedo Rossini, borgoñas, un habano legítimo, cognac Camus con chokolatines,... ¡hartas viandas que al fin y al cabo no las pienso pagar! Sería la última cena del condenado. ¡Claro que después de una comida así una siesta sería fabulosa!

¿Qué tal ahogarme? Hundiéndome en un río turbulento, que me hiciera girar locamente en sus aguas hasta que me consumiera y no volviera a salir. Se debe empezar a tragar agua más de lo que el deseo soporta, naturalmente, a sentir que se pierde la respiración, la asfixia, los pulmones a estallar, los ojos abiertos desorbitadamente.

Tendería a subir... ¡me ato los pies con algo bien pesado! Así lo hacían los godos con los presos políticos en Arauca: "meta los pies en este baldecito de cemento fresco, espere a que cuaje, venga le amarramos las manos", el empujoncito al agua y el liberalito se hundía levantando muy poca espuma. Los caribes se saciaban en esas carnes. Días después aparecían abajo de El Zamuro aquellos esqueletos limpios con sus extrañas botas de cemento fraguado. ¡Carajo! Esas vainas se quedaron así. Por

ahí andan los ideólogos de estas maniobras convertidas en dirigentes cívicos o diputados.

Dicen que la muerte por ahogamiento es una de las más bellas: la persona ve en las aguas toda su vida como proyectada por una cámara de cine. Miles de rostros agolpados, con rasgos indefinidos los unos y firmes los otros. Los cabellos batidos por las corrientes, ondeantes, hacia arriba, como un abanico de ocelos; sobre la cara, en torno del cuello. Caras sonrientes, tristes, llorosas, atónitas, ansiosas, despreocupadas. Voces graves, agudas, moduladas, la de papá, mi hermana, mi cuñado, don Gustavo, toda esa gente que tanto quise y que ya no existe. Me gritarán, me saludarán, me imprecarán. Miles de caras, todas conocidas, voces, miles de voces todas escuchadas, haciendo un enorme pandemónium.

Sí. Podría ser. ¿Pero en qué río? El más cercano se encuentra tan contaminado que jamás encontrarían mi cadáver... ¡y sin entierro tampoco me voy a quedar!

Una tina llena de agua caliente, debe ser agradable. Tiene que estar a la temperatura del cuerpo, 37°C, para que no se sienta ningún dolor. Con una cuchilla de afeitar me corto las venas. En la medida en que se oscurece el líquido se va escapando la vida. Es una proporción inversa. Decae el ánimo. Se entra en un ligero sueño, se ale-

jan los temores y se acerca la incredulidad, luego un intenso sopor y por último la inconciencia. Es una muerte lenta, serena, para filosofar. ¿Qué tal estaría con jabón espumoso? ¡Sería original!

Lamentablemente por aquí no pasa el tren. Creo que me podría arrojar bajo las llantas de una de las tracto-mulas que transportan petróleo. Esos choferes son tan desconsiderados que saldría la duda de si fue un accidente... ¡y a nadie le remordería la conciencia!

Claro que debo dejar una carta. Se evitarían las dudas. ¿Cómo la empiezo? "A mi mujer y a mis hijos... y mi mamá". No, mi madre, hay que ser elegante. ¿Y mis amigos? En las novelas siempre se la dirigen al juez. ¿Qué cosa tan estúpida! Seguiría: "He tomado esta decisión cruel para ustedes, triste para mí, debido a que...". No, no, queda mejor: "He tomado esta decisión triste para ustedes, cruel para mí, debido a que la vida ya no tiene sentido para mí". ¡Caray! Repetí "mí" dos veces... y el "para yo" sí queda horrible. "He tomado esta decisión triste para ustedes, cruel para mí, debido a que la vida ya no tiene sentido". Ah vaina, queda muy impersonal. "He tomado esta decisión, triste para ustedes, cruel para mí, debido a que la que poseo ya no tiene sentido". Ese "a que la que", ¡sí suena muy mal!

Esto es desesperante —gritó— aplas-

tando con rabia, con profusión el cigarrillo, mientras rápidamente abandonaba su silla. Es inconcebible suicidarse con dignidad, ¡llevaré esto como tema para discutirlo en el Club!

Villavicencio, mayo 10 de 1982

Este libro
fue diagramado e impreso en
EDICIONES TERCER MUNDO
Bogotá - Colombia
Septiembre de 1986

Juanita Campanas es un libro que contradice una de las más arraigadas costumbres latinas: la de lo solemne. Desgraciadamente, somos solemnes por naturaleza. Para todo. Aún se usa la ropa negra para los entierros y las comidas y los matrimonios; todavía un marido engañado le pega un tiro a su mujer y eventualmente otro al que le puso los cuernos; los discursos evocan las grandes páginas oratorias del pasado; la narrativa, en muchos casos, es acartonada y parece metida dentro del tormento chino de un frac. Por eso, **Juanita Campanas** (no sólo el cuento de este nombre, sino todo el libro), es refrescante, oxigenador. Por eso, estos cuentos de Rafael se leen con agrado, con una sonrisa que no es otra cosa que una mueca de burla hacia lo solemne.

FERNANDO SOTO APARICIO